

LP

98

Matta y su Pintura

por Sebastián Salazar Bondy

Para el espectador de ojos rutinarios o acostumbrados, para aquel que se acerca a un cuadro con el objeto de ver confirmado en él su concepto meramente aparential del mundo, la pintura de Matta será no menos que un disparate y no más que una locura. Querer distinguir en la obra de arte, considerada así como un certificado de la realidad, todo lo que se cree verosímil, no es gustarla y aprehenderla, sino simplemente requerirla como testimonio justificatorio de la propia vaciedad. Aceptadas ciertas convenciones inmemoriales, el hombre común —empleado o rentista, intelectual u obrero— aspira a que lo que lo rodea las ratifique sin rebeldía ninguna. Es la manera burguesa de concebir el arte como hecho pasivo y necesariamente halagüeño, adorno del comedor provenzal o la salita "chippendale". Nada que lo saque de su quicio, vale decir, que lo estrague con interrogaciones finales, acepta quien considera la existencia como una empresa y no como una aventura.

En los cuadros de Matta, de sutiles transparencias, de finísimas lucideces, se asoma primeramente un mundo celular y acuoso. Los reflejos se sobreponen en un juego cromático que es la clave de su estética. "El medio más popular de que uno se puede servir para dar una imagen semejante a la realidad —dice el artista— es el de tomar la labor del pintor como "un juego" con propias convenciones, propias leyes y propias condiciones, como el ajedrez o el fútbol". Y añade: "Es sólo porque no conoce las reglas de este "juego" que el público encuentra tanta dificultad para participar en él". Tan entrañable es la unidad que preside cada cuadro de Matta que las normas a las cuales hay que sujetarse para penetrar en su verdad son simples y fácilmente comprensibles. En primer término, las inspira, tal como lo expresa Jouffroy en un diálogo con el pintor sobre su pintura, una inmensa ternura hacia la vida. Del amor instintivo y primario del período surrealista ha vuelto Matta a la existencia en su más esencial vigencia, por medio de una "inmensa descripción de la tierra, de los gérmenes, del torrente y del dinamismo vegetal", en la cual apunta, sin la grosera modalidad del sectario, una crítica social plena de esperanzas. "Es como si yo besara la tierra —afirma Matta— para pasar de lo personal a lo social".

A veces la pintura de Matta se desvía del universo vegetal para alcanzar ciertos sórdidos ámbitos de terror. Aparecen entonces los fantasmas oficinescos, los autómatas ante las máquinas. Aherrajados a ellas, sus rostros y sus cuernos, tensos y sin espíritu, se asemejan a los de ciertos gigantes insectos en cuyo rumor hay algo así como un quejido opaco y sin destino. No se trata de un alegato literario. El tema no se sobrepone a la forma y al color característicos del estilo de este creador que ha hallado nuevos "términos de representación", sino que es un apoyo vigente para la plena expresión plástica. De ahí que él se sienta realista, y lo proclame. No realista apegado a la vulgaridad cotidiana, al paisaje o a la amable figura de un modelo, sino al trasfondo de todo ello, a su revés desgarrador y quizá maravilloso. La visión se ha enriquecido por este ejercicio de perseguir la oculta consistencia de los seres, las cosas y los hechos, y el pintor, por eso, se ha tornado en un agudo revelador de misterios y fábulas que paradójicamente, nos resultan una clara y directa versión de nuestro drama. El arte pictórico es de esta suerte esa operación mágica que Baudelaire quería.

En nuestro medio la pintura de Matta va a parecer audaz en exceso. Pocos van a ver por enci-

ma de los asuntos —los cuales en ocasiones no son una cifra inmediata—, cuánto dominio emana de la mano del artista y cómo la materia, bajo el rigor de una consciencia que vigila y de pronto se despeña en una pregunta trascendental, se dispone en ritmos y acordes cromáticos de hermoso efecto. Se buscará el marbete que lo afilie a determinada corriente y se desatará en torno a su obra la odiosa disputa sobre la figuración y la no-figuración. Algunos recordarán sus antecedentes surrealistas para encontrar sentido a su reciente actitud plástica. No faltarán quienes lo acusen de evasivo, no obstante su propósito, expuesto claramente en muchas de sus opiniones, de ser consecuente con nuestro tiempo y sus problemas vitales. De cualquier modo, la obra de Matta prueba que si bien el surrealismo —y otros ismos semejantes, procedentes o contrarios a él— ha muerto irremediablemente, la pintura es eterna. En el arte renacentista, en el prolijo clasicismo, en el realismo especular, en el impresionismo, en el cubismo o en las más vocingleras etapas de última hora, pintar es crear un mito. Y crear un mito es desarraigar de la intimidad, del alma misma, todo ese cúmulo de sorpresas y fantasías que permiten al hombre concebir como bella y perdurable su cárcel, este limitado espacio en el que los días son escalones hacia la perfección.

